



Nuestra región vive tiempos de cambio profundos. Luego de 16 años de orientación progresista, el viraje a posiciones más conservadoras ha suscitado un debate que abarca tanto el ámbito político como el académico. El referéndum para reelegir presidente en Bolivia, la victoria del centroderecha en las parlamentarias venezolanas y el golpe institucional en Brasil, pero sobre todo la victoria de Mauricio Macri en Argentina marcan claramente que estamos transitando otro tiempo político. Las interpretaciones difieren en el significado y alcance de este viraje. Para algunos, estamos en presencia de un fin de ciclo en América Latina, definición que conlleva una crítica y un diagnóstico prospectivo de las políticas llevadas adelante durante la etapa anterior. Otros hablan directamente de un giro a la derecha, lo que sugiere una mirada más coyuntural en el marco de un escenario en permanente disputa. El debate, lejos de terminar, sigue manteniendo vigencia en todos los niveles.

El auge del centroizquierda regional llegó con el agotamiento del modelo recomendado por el Consenso de Washington en los años '90 del siglo pasado, a caballo del costo social derivado de las promesas de bienestar económico tras la fatídica "década perdida" del '80. A partir de allí, una centroizquierda reconvertida políticamente y sustentada por una masa crítica social e intelectual tomó mayor fuerza, conjugando dos ideas en principio opuestas: el equilibrio de las cuentas fiscales y una mayor presencia estatal en la distribución del ingreso, con liderazgos como el de Lula Da Silva, Kirchner o Chávez conduciendo estos procesos inéditos en la región. En este escenario, y mirando los resultados de este período, el éxito conservador a nivel electoral fue recibido con perplejidad por los analistas.

Este retroceso del progresismo regional se explica por el desgaste propio del ejercicio del poder continuado, o por la conjunción de otros factores. Cabe nombrar entre ellos el fenómeno de algunos casos sonoros de corrupción, así como el acoso de sectores mediáticos y de poder enfocados sobre esta agenda, acompañado por una coyuntura económica internacional desfavorable. Todo esto contribuyó a la erosión del relato político que aglutinaba a los sectores desencantados con el neoliberalismo y que apoyaron o salieron ganando durante la etapa anterior. Lo que marcaría que el esfuerzo de concientización política no caló tan hondo en la población, que eligió (o en el caso brasileño, se impuso) modelos diametralmente opuestos embanderados en las nociones de "cambio" y "pluralidad" como propuestas superadoras.

La centroizquierda regional enfrenta el desafío de conformar un nuevo relato que tome lo más exitoso de sus recetas económicas y que a la vez mire más hacia el futuro. La vigencia en las encuestas de figuras como Cristina Kirchner, Lula o Morales, de confirmarse electoralmente en los próximos años, probaría que los movimientos que han creado no se han fagocitado a sus líderes. La experiencia ecuatoriana, de ganar Lenin Moreno la segunda vuelta de las presidenciales, mostraría además que los procesos políticos iniciados durante la década pasada también pueden subsistir sin sus padres fundadores.

El cambio de color político en la región es un hecho, impulsando a una restauración de políticas que conjugan un "Estado mínimo" en lo interno, con vinculaciones regionales más pragmáticas y con menos ideología -concepto que asume desde este sector una carga peyorativa- y un retorno a las vinculaciones tradicionales con las potencias centrales, promoviendo políticas similares a las de los años '90, apoyados en mayorías bastante sólidas. Empero, los escenarios han variado. Sin un consenso social firme en torno a esas políticas, solo la voluntad de cambiar las formas de comunicación política parece constituir su principal fundamento. Los programas electorales que llevaron a la victoria a Macri en Argentina y a Guillermo Lasso al ballottage en Ecuador coinciden en esos puntos. Pero a pesar de ello, la presencia de fuerzas político-sociales que defienden los logros de la etapa anterior y el mal desempeño económico de los nuevos gobiernos ha puesto límites a la consolidación efectiva de este consenso.

La elección de Donald Trump en Estados Unidos aparece como un elemento que obligará a repensar estrategias. La agenda negativa de Trump hacia la región en materia migratoria facilitará la tarea del progresismo regional en términos de posicionamiento político. No obstante, el desafío es mayor para la centro derecha, puesto que si bien se coincide en temas como inmigración y seguridad, el proyecto de la nueva administración en Washington cuestiona la estrategia de reinserción internacional regional "tradicional" embanderado en el "retorno al mundo" y en la idea de regionalismo abierto al libre comercio. Las consecuencias políticas y económicas de este movimiento de recálculo político pueden pesar a la hora de consolidar este predominio regional.

El debate está servido. Estado presente o Estado mínimo a nivel interno; ideología versus pragmatismo en las vinculaciones externas; inmigración abierta o selectiva en el grado de apertura al mundo, constituyen opciones que, en suma, dan cuenta de la realidad de un continente en disputa entre dos visiones que vuelven a encontrarse en la palestra política sudamericana.

Emilio Ordoñez

Consejo Editor

Contexto Internacional